



Un pasillo cómico

Vamos a entretener hoy al lector con el relato de un pequeño pasillo cómico, que cae a la vez simbólico y sintomático.

Una compañía dramática que actúa en uno de los tres teatros de esta ciudad de Salamanca anunció que pondría en escena el drama «La tierra», de José López Piñillos (Parmeno); mas en cuanto lo supo el gobernador civil de esta provincia, don Juan Polo de Bernabé — ciervista él, según se dice, — manifestó que no podía consentirlo, pues sería peligroso. Parece que el buen señor habló del problema agrario en esta región, de que los ferroviarios andan soliviantados, y hasta de que había llegado algún feroz bolchevique portugués, no sabemos si a revolucionar España. Toda la fantasmagórica leyenda que está forjando el miedo cerval — o cervuno — que inspira al actual régimen despótico del Reino de España.

La empresa del teatro acudió al autor de «La tierra», éste al ministro de la Gobernación, y el ministro a su vez telegrafió al gobernador de ésta que «podía» autorizar la representación del peligrosísimo drama. Mas ni por esas. Y lo que más parece que le irritó al señor Polo de Bernabé fué que se le presentara una comisión de la directiva de la Federación Obrera a decirle que respondían del orden. Volvió a negar el permiso. Hasta que Piñillos logró que el ministro ordenase al gobernador el que autorizara que se diese el drama, y entonces este buen señor dijo que se lavaba las manos. Como Pilatos. ¡Porque lo que iba a ocurrir, santos cielos! Lo que menos iban a gritar «¡abajo! ¡Cerval!».

Se dieron las representaciones, no sin lujo de despliegues de romanones, y no pasó nada, absolutamente nada. Sólo pasó que la gente salió diciendo que en aquel mismo teatro había dicho don Angel Ossorio y Gallardo mucho más y más fuerte que lo que en el drama se decía. Por nuestra parte teníamos descontentada la plancha a que le ha llevado el señor gobernador su miedo cerval a que brotase el chispazo de la revolución en esta Salamanca. Y es porque conocemos a este pueblo como no puede conocerle don Juan Polo de Bernabé. Y no puede conocerle por los consejeros que aquí tiene.

Es uno de ellos el diputado por el distrito de la capital, un pobre hombre que vive al azar y del azar, que sufre desde hace algún tiempo manía persecutoria y tiene un policía para su guardia, y que le ha dado por eso del intelectualismo. Los intelectuales, a los que achaca el desastre de Marruecos y el fracaso de su amigo Silvestre; los intelectuales son

su obsesión, y, para intelectualizarse dicen que ha comprado la Enciclopedia Espasa. Y este pintoresco diputado le habrá hecho creer al ingenuo señor Polo de Bernabé que esta académica y a la vez rústica Salamanca es un volcán de conspiraciones y de conjuras y que aquí se albergan peligrosísimos bolcheviques. ¡Quién sabe!... ¡Acaso un día se forma un ejército rojo en Portugal e invade España por Salamanca, de acuerdo, ¡claro!, con los feroces bolcheviques salmantinos, y hay otro Anapiles, el Arapiles del Reino.

Si el señor Polo de Bernabé se informó de la delegación de policía, allí le informarían de cómo esto arde. En esta misma delegación se expidió a esa Audiencia de Valencia un certificado declarando que el que esto, lector, te cuenta, es «elemento peligroso y perturbador del orden actual». Si llego a asistir a la representación de «La tierra», ¡la que se arma! Habría sido catastrófico.

Toda esta anécdota es, como ve el lector, grandemente instructiva, y prueba a

qué medidas tan ridículas está llevando a nuestras autoridades el miedo cerval que paraliza su buen sentido. Cuando le tienen.

Se podrá decir que «La tierra», aun sin provocar por de pronto conflictos de orden público, es un elemento de propaganda revolucionaria. Pero nosotros creemos que el mejor medio de oponerse a ella no es prohibir la representación de dramas así. Es mejor dejar, como aquí se deja, que funcionen libremente y a sus anchas las casas del juego prohibido por la ley. Esta, esta institución del juego de azar es el mejor antídoto contra el intelectualismo; no hay como la ruleta o el monte para destruir los efectos del antipatriótico intelectualismo y robustecer el patriotismo cerval, ese patriotismo que invoca a cada triquintrake el Coco enterrador, el orondo ministro incivil de la Guerra.

Porque hay un patriotismo cerval, como hay un miedo cerval y hasta una mentalidad — o mejor, dementalidad — cerval. El cervalismo es una curiosísima enfermedad que mercede estudio. Y nada más asombroso que el concepto que del orden, del prestigio de la autoridad y del papel del azar tienen los cervalistas.

Miguel de UNAMUNO.

